



**CUERPOS Y PERCEPCIONES EN LA TEORÍA DE A. GIDDENS.
LA GRAMÁTICA TEMPORAL DE UNA BIOGRAFÍA ENCARNADA EN EL MUNDO**

Gabriela del Valle Vergara Mattar

Universidad Nacional de Villa María

INTRODUCCIÓN

Las teorías sociológicas, en su intento por dar cuenta de los procesos de cambio, y las transformaciones vividas por los individuos, han formulado a poco más de un siglo de su constitución, diversas -y hasta opuestas- explicaciones y comprensiones.

En este trayecto, las teorías se agruparon a favor o en contra del positivismo, del marxismo, del objetivismo, del subjetivismo, entre otros, corrientes que acentuaban algunos rasgos de la sociedad, de la acción, por sobre otros.

Un análisis de las teorías en función de sus supuestos –no siempre, totalmente explicitados- daría cuenta que las mismas pueden distribuirse en los cuadrantes que forman los ejes que definen cómo es la acción, y cómo es el orden, dicho en otros términos, los criterios básicos de las denominadas macro y microsociología.

Desde el eje del orden, las teorías pueden clasificarse en individualistas o colectivistas, es decir, la sociedad la constituyen los sujetos en sus negociaciones cotidianas, eligen y deciden, construyendo así las estructuras sociales en las dinámicas de interacción, para los primeros. En el caso de los segundos, los individuos actúan en función de las estructuras que preexisten a aquellos, como la religión para Durkheim, o la economía para el marxismo ortodoxo.

Desde el eje de la acción, esta puede ser racional, instrumental, eficiente, o bien, no-racional en el sentido de estar movidas por valores, ideales, emociones o deseos (Alexander, 1997).

Aunque cada enfoque puede combinarse con otro del eje perpendicular, puede decirse que presentan limitaciones a la hora de explicar la realidad, por lo cual autores contemporáneos han tratado de realizar síntesis entre perspectivas micro/macro. Frente a esto, nuevamente se abren dos posturas: los que siguen defendiendo las potencialidades y virtudes de los análisis situados del comportamiento y la interacción, junto con los que abogan por la comprensión de la sociedad en términos estructurales, por un lado, o quienes intentan reconciliar, acción y estructura en una síntesis compleja (Giddens, A. y Turner, J., 1995).

Más allá de estas clasificaciones, en general toda teoría –sea o no intento de síntesis con la estructura-, en su pretensión por explicar la acción, asume algún tipo de perspectiva respecto a tres elementos básicos:

- las formas de definir las condiciones objetivas, sean denominadas estructura, sistema, contexto, entre otras,
- los modos en que los sujetos realizan las acciones, sean actores racionales, agentes,
- y, finalmente, la relación entre ambos.

“Estos tres aspectos pueden ser tomados como eje de lectura de los distintos autores y teorías en Sociología, viendo en qué medida sus diferentes formas de explicar las prácticas sociales” (Costa, 1997) se vinculan con los modos de definir estos tres componentes, y con la importancia que le dan a las condiciones objetivas y/o a los agentes para explicar las prácticas (como la disyuntiva objetivismo, subjetivismo, estructuralismo, fenomenología).

En el presente trabajo, dejaremos de lado las posibles formas de distinguir las teorías para abocarnos a considerar un aspecto, que por obvio y habitual, ha pasado desapercibido en gran parte de estos análisis. Nos estamos refiriendo a la condición corporal presente en la acción social, que los clásicos de la Sociología habían puesto de manifiesto, aunque aún atrapados en el dilema naturaleza-cultura (Turner, B., 1984, citado en Gremillion, 2005).

Centrados en la corporeidad de los actores, intentaremos indagar el lugar de las percepciones de los agentes en el marco de las vinculaciones en-con el mundo.

El interés por la relación cuerpos-percepciones radica en la necesidad de reflexionar sociológicamente en torno al hecho de que la corporeidad de los agentes no tiene ni un lugar residual ni es meramente un producto discursivo-normativo (Butler, 2002) por un lado, y que las percepciones no son sinónimo de imagen u opinión –tal es el uso que se le da en numerosas investigaciones-, ni es solamente un fenómeno psíquico o fisiológico.

En este sentido, se advierte la potencialidad y riqueza de la propuesta de Giddens cuando la acción social aparece encarnada, corporeizada en agentes que se ven expuestos y dispuestos a un mundo que los va constituyendo, y en el cual, mientras se van constituyendo, van constituyéndolo también. De este modo, se intenta elucidar las dimensiones de la acción social cuando es realizada por sujetos corporalmente definidos, a fin de recuperar la materialidad de las prácticas; materialidad que supone tiempos y espacios sociales, sentidos y significados e, identidades vueltas biografías. Materialidad que da cuenta, también de los modos en que se viven y sienten los puntos de encuentro entre formas estructurales de la sociedad, y vivencias particulares –emocionales- de los sujetos.

Nacido en 1938, en el Reino Unido, Anthony Giddens constituye uno de los autores contemporáneos destacados, tanto por su producción teórica –aunque escasa investigación empírica- como por su participación en la función pública como asesor de Tony Blair y la elaboración de la propuesta política, denominada ‘Tercera Vía’.

En relación con su trabajo académico, la teoría de la estructuración, fruto de un programa de reorientación global de las teorías sociales tiene, además de reconciliar las acciones sociales con las estructuras, la capacidad de “librar a la teoría social de los dilemas inherentes al positivismo y a las teorías de la acción social” (Cohen, 1995: 353). En este sentido, la propuesta giddensiana pareciera discurrir por otros carriles, dado que “los problemas de la teoría de la estructuración son de un orden diferente al de los que acaparan la atención de los teóricos sociales positivistas” (Ibid.:354).

A fin de mostrar la relación cuerpos-percepciones, presentamos parte de los desarrollos de Giddens abordados en *Modernidad e identidad del yo* y, *La Constitución de la Sociedad*, desarrollando el siguiente esquema argumentativo:

En primer lugar se profundizan las nociones referidas a la condición corporal de los agentes competentes, condición que es clave para entender sus modos de constitución identitarios. Luego, se explicitan los modos en que las percepciones son parte importante del registro fluido de la acción capaz de ser traspasado de una conciencia práctica a una discursiva.

Finalmente se presentan algunas reflexiones en torno a la posibilidad de utilizar las percepciones de cuerpos sociales como instrumentos para conocer cómo se van instancias las lógicas de estructuración social en los agentes.

Cuerpo e identidad

Una característica elemental de la teoría de la estructuración, antes de comenzar a desarrollar las nociones referidas a la corporalidad de los agentes, es la *dualidad de la estructura*. Con este término¹, Giddens trata de diferenciarse de las posturas dualistas que sostienen una independencia ontológica entre los procesos de constitución de los agentes por un lado, y de las estructuras por otro.

Por ello, debe entenderse que “las propiedades estructurales de sistemas sociales son tanto un **medio** como un **resultado** de las prácticas que ellas organizan de manera recursiva”² (Giddens, 1991:61).

La relacionalidad entre sociedades y agentes, se instancia en las prácticas cotidianas:

“Todos los sistemas sociales, no importa cuán grandes o extensos sean, tanto expresan las rutinas de una vida social diaria cuanto se expresan en estas, con la mediación de las propiedades físicas y sensoriales del cuerpo humano” (Giddens, 1995:71).

O expresado en términos más cotidianos: ‘dime cómo está tu cuerpo y te diré en qué sociedad vives’.

Desde este cruce por el cual los actores portan las estructuras, avanzaremos en lo que sigue, a profundizar el carácter corporal inscripto en las acciones.

Para Giddens, no corresponde considerar la acción que realiza el agente competente “con prescindencia del cuerpo, de sus mediaciones con el mundo circundante y de la coherencia de un propio-ser actuante” (Giddens, 1995:41).

Así, el agente o actor, es el “sujeto humano global localizado en el espacio-tiempo corpóreo del organismo vivo” (Ibid.:86).

¹ No resulta llamativa la utilización en Giddens, de términos como ‘estructuración’, o ‘dualidad’, si se repara en aquellas advertencias acerca del lenguaje que Norbert Elías realizaba, respecto a cómo la Sociología debía encontrar modos expresivos adecuados para dar cuenta de la complejidad social: “Como técnica de conceptualización de lo que observamos realmente, la tendencia de nuestros idiomas a situar en el centro de atención sustantivos a los que se confiere un carácter de cosas en estado de reposo y a expresar todos los cambios y los movimientos mediante atributos o verbos, pero en todo caso como algo adicional, es muchas veces inadecuada [...] la forzada tendencia de nuestros idiomas a hacernos hablar y pensar como si todos los <objetos> de nuestra reflexión, incluidos los propios hombres, fuesen en principio meramente objetos, no sólo sin movimiento, sino también sin relaciones, es extremadamente molesta para la comprensión de los entramados humanos que constituyen el objeto de la sociología”. Elías, N. (1995 [1970]) *Sociología Fundamental*. Gedisa. Barcelona. P. 135.

² El resaltado es nuestro.

La corporeidad del agente, no es un factor adicionado, sino constitutivo de la identidad del agente, por lo que “[E]l yo, naturalmente, está corporeizado. La conciencia de la forma y propiedades del cuerpo se halla en el origen mismo de las exploraciones primeras del mundo por las que el niño aprende los rasgos de los objetos y de las demás personas” (Giddens, 1991:76).

Es decir,

“El cuerpo es un objeto en el que todos tenemos el privilegio, o la fatalidad de habitar, la fuente de sensaciones de bienestar y placer, pero también la sede de enfermedad y tensiones ... el cuerpo no es solo una entidad física que <poseemos>: es un sistema de acción, un modo de práctica, y su especial implicación en las interacciones de la vida cotidiana es parte esencial del mantenimiento de un sentido coherente de la identidad del yo” (Ibid.:128).

En contra de los dualismos cuerpo-mente³, la corporalidad del actor es la que permite adentrarse en el mundo, en las rutinas cotidianas y prácticas, por lo cual, los procesos de estructuración social se realizan en y a través del cuerpo. De este modo, un agente competente, es aquel que aprende a regular su corporalidad y también su rostro⁴.

De los vínculos entre yo, identidad, cuerpo y presentación social, pueden mencionarse cuatro modalidades:

*la *apariencia corporal*, o lo que se expresa a través de la superficie del cuerpo (peinado, uñas, bigotes, etc.) que dan cuenta de una identidad social, de la pertenencia a un determinado grupo,

*el *porte*, o el modo de actuar según las convenciones sociales, aunque manteniendo cierta constancia cuya unidad parte de la identidad del yo, “mantiene un nexo entre la <sensación de estar como en casa en el propio cuerpo> y la crónica personal” (Ibid.:129),

*la *sensualidad*, o “manipulación dispositiva del placer y el dolor” (Ibid.:128), la cual se vincula con los *regímenes corporales*, en tanto que son los canales a través de los cuales las instituciones modernas establecen modalidades corporales.

Mientras las rutinas suponen aquel control del cuerpo para resolver competentemente las situaciones cotidianas, los regímenes “implican un control riguroso de las necesidades orgánicas” (Ibid.:84), los cuales se ponen de manifiesto en los hábitos, como patrones de comportamiento estables, que tienen que ver con la alimentación, la ropa, y la sexualidad.

Este control o regulación requeridos para la presentación y reconocimiento en sociedad del agente, contribuye a resguardar la coraza protectora o seguridad ontológica que impide caer en angustias habituales. Pero este control no supone un disciplinamiento externo e institucionalmente constituido, sino antes, una característica permanente de los comportamientos, a lo largo de la duración de la vida cotidiana.

El control del cuerpo es parte de la actuación, de la aceptación o confianza que se tiene frente a los demás, por lo tanto, “[E]l control reglado del cuerpo es un medio fundamental para el mantenimiento de una biografía de la identidad del yo, pero al mismo tiempo el yo está también más o menos constantemente <expuesto> a los demás debido a su corporeización” (Ibid.:78).

³ Es claro en este sentido, la diferencia respecto al lugar del cuerpo en la acción social que le asignaba T. Parsons en el sistema de la acción, ubicado en el escalón inferior de la jerarquía cibernética de los imperativos funcionales, por cuanto solo aportaba a la acción, energía.

⁴ Para ver la importancia dada al ‘trabajo de cara’ en las interacciones sociales, véase Goffman, E. (1970) Ritual de la interacción. Edit. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires.

Cuerpo –como medio de acción- e identidad constituyen un todo situado en el mundo social. Por ello, aunque el cuerpo, en tanto organismo biológico requiere satisfacer determinadas necesidades, estas no dejan de estar atravesadas por la sociedad. Así, las formas y modos de alimentarse, de vestirse, de reproducirse, que conforman determinados *regímenes corporales* ponen de manifiesto las influencias de la sociedad y la cultura.

Lo anterior permite advertir, que no hay organismo por un lado y sociedad por otro, sino que el cuerpo mismo, va moldeando sus particulares necesidades en función de los contextos sociales en que se desenvuelve.

Pero cuando los hábitos se combinan con la *apariencia corporal*, o el modo en que uno se presenta ante los demás, emergen implicancias considerables para la identidad del yo, pues la biografía del agente, se va constituyendo corpóreamente.

Este es el caso del género como construcción, como un espacio de aprendizajes y tareas constantes, “más que una simple extensión de la diferencia sexual biológicamente dada” (Ibid.:85). De allí que también la forma de vivir la sexualidad, de construirla suponga una regulación corporal –del porte, la apariencia, la sensualidad- que deben poner de manifiesto las necesarias transformaciones que requiere el yo, para experimentar el mundo, desde el cuerpo en total correspondencia, a fin de no caer en instancias de ‘descorporeización’, o desencuentro entre cuerpo y <yo>.

Por ello, el agente es capaz de elaborar una crónica, un relato de su propia vida, donde “[L]a reflexividad del yo se *extiende al cuerpo*, entendido [...] como parte de un sistema de acción más que como un mero objeto pasivo” (Ibid.:101).

La capacidad de vivenciar reflexivamente el cuerpo del yo, supone otorgar una especial atención a los procesos corporales en cuanto son parte del actuar en el mundo, pero también, la conciencia del cuerpo permite controlar el entorno que se capta por los sentidos, y al cuerpo mismo, en sus regímenes corporales. Dietas, gimnasias, ayunos, entre otros, permite acentuar una conciencia del propio cuerpo que cohesiona el cuerpo y el yo.

La presentación en sociedad del yo, que se realiza a partir de la corporeización del yo, se plasma en lo que Giddens denomina estilos de vida, planes y calendarios de vida.

Si uno de los rasgos de la modernidad, a diferencia del mundo tradicional, es la multiplicidad de alternativas – para comer, hacer deportes, vestirse, colorear el cabello, optar por un género-, las posibles elecciones generan *estilos de vida*, los cuales se definen como “un conjunto de prácticas más o menos integrado que un individuo adopta ... porque dan forma material a una crónica concreta de la identidad del yo” (Ibid.:106). Esta noción pone en evidencia que los lazos tradicionales no condicionan de manera tan absoluta los criterios de vida, sino que hoy se puede vivir como punk, heavy, ecologista, vegetariano, célibe, intersexual, entre otros – o aún, en extrañas combinaciones de ellos-.

Sin embargo, sería ingenuo afirmar que la posibilidad de elegir entre estilos de vida, suponga una disponibilidad e información absoluta de las opciones, como sostienen los racionalistas. Antes, se debe considerar el influjo del mundo laboral en que uno se desempeña, y los modos de consumo que se vinculan, ya no con meras decisiones individuales, sino con los propios condicionantes de los estratos sociales⁵.

⁵ En las primeras páginas de ‘Modernidad e identidad del yo’, Giddens aclara que las referencias a las posibilidades de elección de estilos de vida, no se circunscriben a las clases más favorecidas: “Las cuestiones de clase y desigualdad, entre Estados y a escala mundial, se entretujan estrechamente con los temas de este libro, aunque no es mi intención documentar aquí esas desigualdades. De hecho, las divisiones de clase y otras áreas fundamentales de desigualdad, como las relacionadas con el género o la etnicidad,

Pero como la identidad del yo, se construye en el tiempo, los estilos de vida, dan forma a *planes de vida*, o contenidos de trayectorias planificadas y organizadas del yo, donde pasado y futuro se combinan creando *calendarios de un plan de vida*: los acontecimientos destacados de la biografía del yo corporizado, que constituyen una cronología propia, suelen estar enlazados con hechos lejanos, conocidos a partir de *experiencias mediadas*.

Registro reflexivo, conciencia discursiva y percepción

Una de las particularidades que cualifica la perspectiva giddensiana, es que a partir de la definición de la identidad del yo, es posible sustentar un enfoque metodológico a la hora de la investigación. Para el sociólogo inglés,

“[L]a identidad del yo no es un rasgo distintivo, ni siquiera una colección de rasgos poseídos por el individuo. Es *el yo entendido reflexivamente por la persona en función de su biografía*. Aquí identidad supone continuidad en el tiempo y el espacio: pero la identidad del yo es esa continuidad interpretada reflejamente por el agente” (1991:72).

La capacidad de poner en palabras la propia vida, no debe conducirnos a sospechar de un intelectualismo o racionalismos ingenuos, puesto que los agentes en esta perspectiva, asumen cotidianamente una vinculación *práctica* con el mundo. Pero esto no elimina la posibilidad de que el actor pueda dar cuenta, si fuese necesario, de lo que ha realizado.

La explicitación de las características de la acción en la teoría de la estructuración nos permitirá comprender el lugar que ocupan las percepciones en la relación con el mundo social.

Si se considera la acción, no solo como un acto en el mundo, sino como un complejo tridimensional, puede entenderse mejor lo expresado anteriormente. En este sentido, la acción se plasma en un modelo estratificado de tres niveles –del que nos permitimos combinar con los tipos de conciencia–:

<i>Modelo estratificado del agente</i>		<i>Niveles de la acción</i>
<u>Registro reflexivo de la acción</u>	<u>Racionalización de la acción</u>	Conciencia práctica
	<u>Motivación de la acción</u>	Conciencia discursiva
		Cognición inconscientes

Comencemos por la última fila. Los motivos, en esta teoría, tienen que ver con aspectos inconscientes, con deseos ocultos o potenciales que en forma inusual suelen intervenir en la acción. Esta dimensión inconsciente, mantiene una distancia considerable respecto a los dos tipos de conciencia debido a *barreras*, basadas en mecanismos represivos (Giddens, 1995:44).

Por *racionalización de la acción*, se entiende una *comprensión teórica*, de las acciones –la primera hermenéutica–, por la cual los “agentes competentes esperan de otros –...– que, si son actores, sean por lo común capa-

pueden *definirse* en parte en función de la diferente posibilidad de acceder a las formas de realización del yo ... No debemos olvidar que la modernidad crea *diferencia, exclusión y marginalización*. Las instituciones modernas, al tiempo que ofrecen posibilidades de emancipación, crean mecanismos de supresión más bien que de realización del yo”.

ces de explicar, si se les pide, casi todo lo que hacen” (Ibid.:43)⁶. Es decir, poder dar “un informe discursivo sobre las intenciones y las razones de su actuar” (Ibid.:44). Este supuesto está en la base de las metodologías cualitativas que intentan recuperar la visión ‘interna’ de los actores, y en particular, respecto al mismo Giddens, en la definición misma de la identidad del yo, en tanto capaz de reconstruir la propia biografía.

Finalmente, el *registro reflexivo de la acción* “es un rasgo permanente de una acción cotidiana, que toma en cuenta la conducta del individuo, pero también la de otros” (Ibid.:43), es un continuo reconocimiento de las actividades del agente, de los contextos físicos y sociales, que les permite desenvolverse. Registro que se constituye como acervos de saberes prácticos que tienen que ver con “la capacidad de <ser con> en las rutinas de la vida social” (Ibid.:42).

Ahora bien, ¿cómo es posible ese registro del mundo, aprehensión de los entornos y de uno mismo, en tanto que yo corporizado?

Para Giddens, las teorías acerca de la percepción pueden distinguirse en subjetivistas –atravesadas por el paradigma de la conciencia kantiana, donde el sujeto observador conoce el mundo en forma externa-, u objetivistas –donde el mundo de los objetos organiza previamente lo percibido-. Sin embargo, en vistas a superar estas dicotomías, las percepciones deben comprenderse en el fluir del tiempo⁷ y los espacios:

“La percepción, en consecuencia, nace de una continuidad espacial y temporal, organizada como tal de una manera activa por el que percibe. El principal punto de referencia no puede ser ni el sentido aislado ni el percipiente contemplativo, sino el cuerpo en sus empeños activos con los mundos material y social. Esquemas perceptuales son formatos con base neurológica por cuyo intermedio se elabora de continuo la temporalidad de una experiencia. A su vez se puede entender esta elaboración como una parte intrínseca del registro reflexivo de una acción en general” (Ibid.:82).

En términos de Giddens, es dable advertir que las percepciones suponen un componente biológico, que los agentes portan al nacer y en sus primeros años de vida. Pero la percepción no es sin más, la captación de objetos exteriores, ni siquiera la aprehensión pragmática por los usos de los objetos, que varía en diferentes sociedades y culturas.

Es decir, no percibimos todo aquello que captan nuestros sentidos, ni mucho menos lo hacemos en formas sensorialmente independientes: escucho el sonido, o veo el objeto, o huelo el perfume. En este sentido, la fluidez de la cotidianidad se inscribe al unísono⁸, donde la percepción aparece como “un conjunto de disposi-

⁶ “Casi todo” supone para Giddens, tener en cuenta que las acciones pueden generar en su despliegue ‘consecuencias no buscadas’, pero también ‘consecuencias inadvertidas de la acción’, que conforman senderos paralelos pero que también atraviesan el curso de las relaciones humanas. Un ejemplo de las primeras sería halagar a alguien y terminar ofendiendo a otra persona cercana, y en el caso de las segundas, el encender una lámpara y generar el desconcierto de un ladrón, que puede ser atrapado por la policía. Esto se vincula, en términos de procesos sociales, con el avance de los riesgos y la incertidumbre que caracterizan las sociedades actuales.

⁷ Giddens distingue tres tipos de temporalidad en las que se ve involucrado el cuerpo: el tiempo reversible, propio de las rutinas cotidianas, que suponen repetitividad, recursividad (ir al trabajo, tomar el colectivo, etc.); el tiempo irreversible que es el que se instancia en el cuerpo, en tanto ciclo vital, paso de la vida, y, finalmente, un tiempo reversible pero de larga duración, que es el de las instituciones, que se prolongan a lo largo de las generaciones, es decir, más allá de los tiempos reversibles e irreversibles de los agentes. En la tensión entre rutinas e instituciones “unas entran en la constitución de las otras, así como unas y otras lo hacen en la constitución del propio-ser que actúa”. Giddens, A. (1995:71).

⁸ “No es cierto tampoco que el x-objeto aparezca como la forma vacía que retiene juntas cualidades dispares. De hecho, el limón está íntegramente extendido a través de sus cualidades, y cada una de éstas está extendida a través de todas las demás. La acidez del limón es amarilla, lo amarillo del limón es ácido; se come el color de un postre, y el gusto de este postre es el instrumento que devela su forma y su color a lo que llamaremos la intuición alimentaria; reciprocamente, si sumerjo el dedo de un frasco de mermelada, el filo pringoso de la mermelada es la revelación a mis dedos de su gusto azucarado. La fluidez, la tibieza, el color azulado, la

tivos de ordenación temporal configurados por los movimientos y orientaciones del cuerpo en los contextos de su conducta –pero que también los configuran–(Ibid.:83).

El lugar del cuerpo inscripto y activo en el marco de las transformaciones de la modernidad, conjuga dinámicamente las percepciones que son selectivas, ya que se constituyen en las temporalidades individuales-biológicas (en tanto tiempo biológico irreversible), en las individuales-sociales (en tanto rutinas cotidianas recursivas), y en las sociales (propias de las instituciones que producen y se reproducen por las acciones de los agentes).

Si recuperamos la noción de dualidad de la estructura, el cuerpo en tanto realiza y expresa la continuidad biográfica de una identidad del yo, que se constituye en medio y resultado de prácticas que presentifican los modos de estructuración de la sociedad, articula también, los modos selectivos, de percibir el mundo, los otros y al actor mismo.

A MODO DE CIERRE

A lo largo de estas páginas, nos propusimos construir un recorrido teórico a partir de los aportes de A. Giddens respecto a la condición corporal de los agentes, y el lugar de las percepciones en el registro reflexivo y práctico de la acción.

Al respecto, mostramos cómo en la relación cuerpo-identidad, los cuerpos no ‘solo importan’ -sensu Butler-, sino también portan, expresan, hablan, delatan lugares sociales, historias, tiempos, biografías. Es decir dan cuenta de cómo la corporeidad es parte inescindible de las acciones y aprendizajes sociales, de la constitución del yo, de las formas de aprehender el mundo material.

Luego dimos cuenta de cómo se entrelazan el registro reflexivo de la acción, las percepciones y la conciencia discursiva de los agentes competentes, abriendo así la posibilidad de poder ‘decirse uno mismo’, de poder ‘escribirse uno mismo’. Este reconocimiento teórico-metodológico, adviene relevante a la hora de indagar a sujetos cuyas vidas precarias se dan en contextos de pobreza y exclusión social, puesto que las percepciones son consecuentemente producto del espacio-tiempo en que habita el yo-cuerpo, pero que también son selectiva y activamente construidas.

De este modo, Giddens no solo otorga un lugar privilegiado al cuerpo de los agentes en la acción social, como lugar de encuentro de la *sociedad que se hace cuerpo* en y por debajo de las superficies dérmicas de la individualidad. También da cuenta de una temporalidad que atraviesa esa corporeidad dando lugar a que el mundo sea aprehendido *práctica y perceptivamente*.

Aunque su enfoque no está centrado en la problemática del poder y la dominación, su teoría misma da lugar para inferir que si las sociedades capitalistas se constituyen a partir de modos de estructuración conflictivos, las corporalidades de los agentes competentes –por ende- anudarían y delatarían también tales procesos.

Es en este sentido, que consideramos necesario avanzar en el despliegue de reflexiones teóricas que permitan acudir a la categoría de ‘percepciones sociales’ de los agentes cuyas identidades se constituyen corporalmente, como instrumentos para conocer y comprender los modos que adquieren las lógicas de estructuración social.

movilidad ondulante del agua de una piscina se dan juntas las unas a las otras, y esta interpenetración total es lo que se llama el *esto*”. Sastre, J.P. (2004) *El ser y la nada*. Biblioteca de los grandes pensadores. Barcelona. p214.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Jeffrey (1997) *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial*. Gedisa. Barcelona.
- Butler, J. (2002) *Cuerpos que importan*. Paidós. Buenos Aires.
- Cohen, Ira (1995) "Teoría de la estructuración y Praxis social". En Giddens, A., Turner, J. y otros. *La teoría social hoy*. Alianza Universidad. Buenos Aires.
- Costa, Ricardo (1997) "Las estrategias de intervención como teorías de la acción en acción". En *Acto Social*, año 7. n° 17. Córdoba. pp. 5-10.
- (1999) "El agente social en la teoría de la estructuración de A. Giddens". En *Estudios*. N° 11-12. Enero-Diciembre. Centro de Estudios Avanzados. UNC. Córdoba.
- Giddens, Anthony (1991) *Modernidad e identidad del yo*. Edic. Península. Barcelona.
- (1995) *La constitución de la sociedad*. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Giddens, A. y Turner, J. (1995) "Introducción". En Giddens, A., Turner, J. y otros. *La teoría social hoy*. Alianza Universidad. Buenos Aires.
- Gremillion, Helen (2005) "The cultural politics of body size". In *Annual Review of Anthropology*. Vol. 34, Pages 13-32. Sage Publications.